

Aponer y desaponer

Manuel Campa

Hace unos años, un famoso escritor, contó en Oviedo el encanto que le producía encontrar aquí algunas personas que sentían el orgullo del saber, es decir, que se consideraban a sí mismas sabias. El inconveniente de este rasgo provinciano, hoy poco compatible con el acceso de todo el mundo a las fuentes de información, es que cualquier observación o añadido que se haga a lo que dicen estas personas las puede ofender gravemente. Román Suárez Blanco está en las antípodas de esta actitud. Profundamente liberal, ya se distinguía en su etapa de diputado regional por su buen humor y espíritu tolerante. En una ocasión en que la disputa partidaria se había acalorado en exceso, salió Román al estrado, citando unos versos conciliadores de Luis Rosales, que disminuyeron inmediatamente la tensión reinante. Yo leo siempre con gran atención los artículos de Suárez Blanco porque traen, con frecuencia, reflexiones sobre el occidente de Asturias, generalmente peor conocido que el centro y el oriente del Principado. La pasada semana habló Román de dos vocablos occidentales ya casi desconocidos para mucha gente: aponer y desaponer. (LNE. 3-4-2005). Un amigo de Román aplica estos vocablos a la conducción de coches y, así, Fernando Alonso cambia de ruedas y reposta el auto sin “desaponer”, es decir, sin apearse del vehículo, sin separarse del mismo. Los campesinos asturianos usaron muchos siglos estos términos latinos, llamando “aponer” (ad-ponere, apponere), a enganchar las vacas uncidas al carro y “desaponer” (deponere) a quitar las vacas del carro. La expresividad del amigo de Suárez Blanco al encontrar nuevos usos para estos viejos vocablos no es gratuita ni casual, ya que parte de una tradición semántica de más de dos mil años. Y con estos antiguos verbos podemos también describir la actuación de tantos conductores asturianos, en la prehistoria de Fernando Alonso, entre el carro del país y los coches que arrancaban cuando querían, y a manivela, y frenaban unas veces sí y otras no. No digamos los conductores que tenían que pelear con el gasógeno, para los que resultaba más difícil llegar al destino de un corto viaje que a Fernando Alonso ganar un circuito. Yo recuerdo cómo uno de aquellos conductores, L’Orrio, cayó por casi todos los precipicios que hay de Oviedo a Navelgas, siempre sin desaponer. Al final del precipicio buscaba a ver dónde había quedado la gorra y auxiliaba a los viajeros dispersos entre los matos. El Melisco fue otro de aquellos esforzados conductores de la postguerra, que, para dar la vuelta a una camioneta, buscaba un “suco” que la detuviera marcha atrás, así no se le iba a vueltas. En fin, “Fangio” intentó volar, cerca de Navelgas, con un vehículo de fabricación propia, rompiendo al menos una pierna.” ¿Tais todos?”, solía preguntar el conductor. “Pémeque sí”, respondía alguien que había contado quince o veinte viajeros en un automóvil de cinco plazas. Decía un pensador clásico que, si conociéramos bien un átomo conoceríamos todo el universo. Del mismo modo, en cada pequeño pueblo de Asturias se repetían las mismas historias, a veces las mismas tragedias, entre los valientes conductores asturianos de la postguerra, dignos antecesores de Fernando Alonso, si no por habilidad sí por arrojo, que bajaban a vueltas con aquellos cacharros, sin desaponer.